

# Noches en vela

---

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS

POR

*Julio R. del Riego*



ASTORGA:—1897

Imp. de la Viuda é Hijo de López,

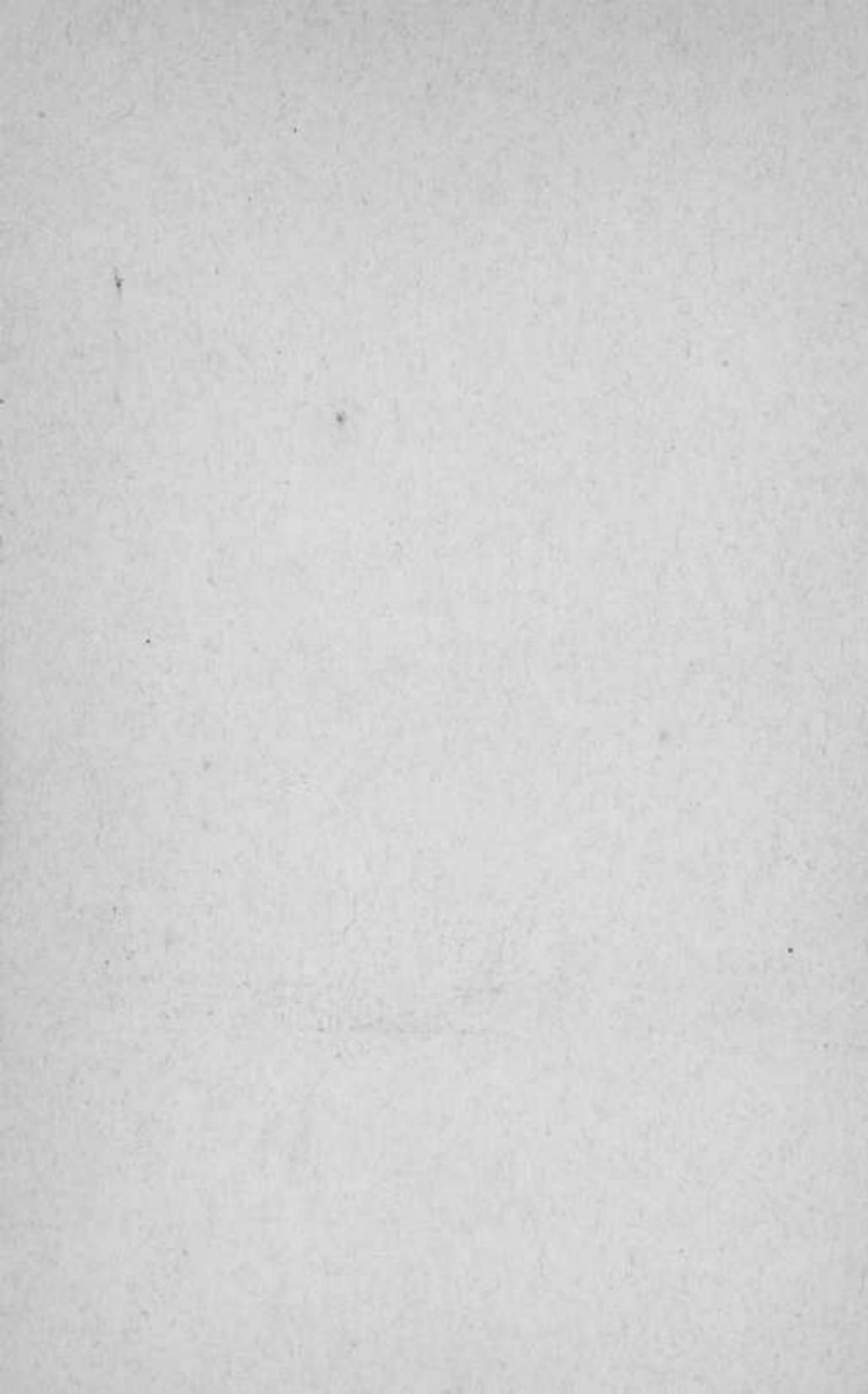
RUA ANTIGUA, 5 Y 7



U.  
col

NOCHES EN VELA

T. 1314106 C. 71814512



# *Noches en vela*

---

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS

POR

*Julio R.º del Riego*



ASTORGA:—1897

Imp. de la Viuda é Hijo de López,

RUA ANTIGUA, 5 Y 7

ES PROPIEDAD

R.167755

# CENSURA



*En cumplimiento de la comisión que se ha servido darme el M. Illre. Sr. Don Enrique Suárez, Vicario General del Illmo. Sr. P. Vicente Alonso, Obispo de Astorga, leí detenidamente el opúsculo **Noches en vela**, original de Don Julio Rodríguez del Riego, y en él nada encontré que á los sagrados dogmas ni á la sana moral se oponga; razón, por la cual, lo juzgo digno de la aprobación de la autoridad eclesiástica, que su autor solicita.*

*Astorga, 24 de Mayo de 1897.*

*Pedro Carro.*

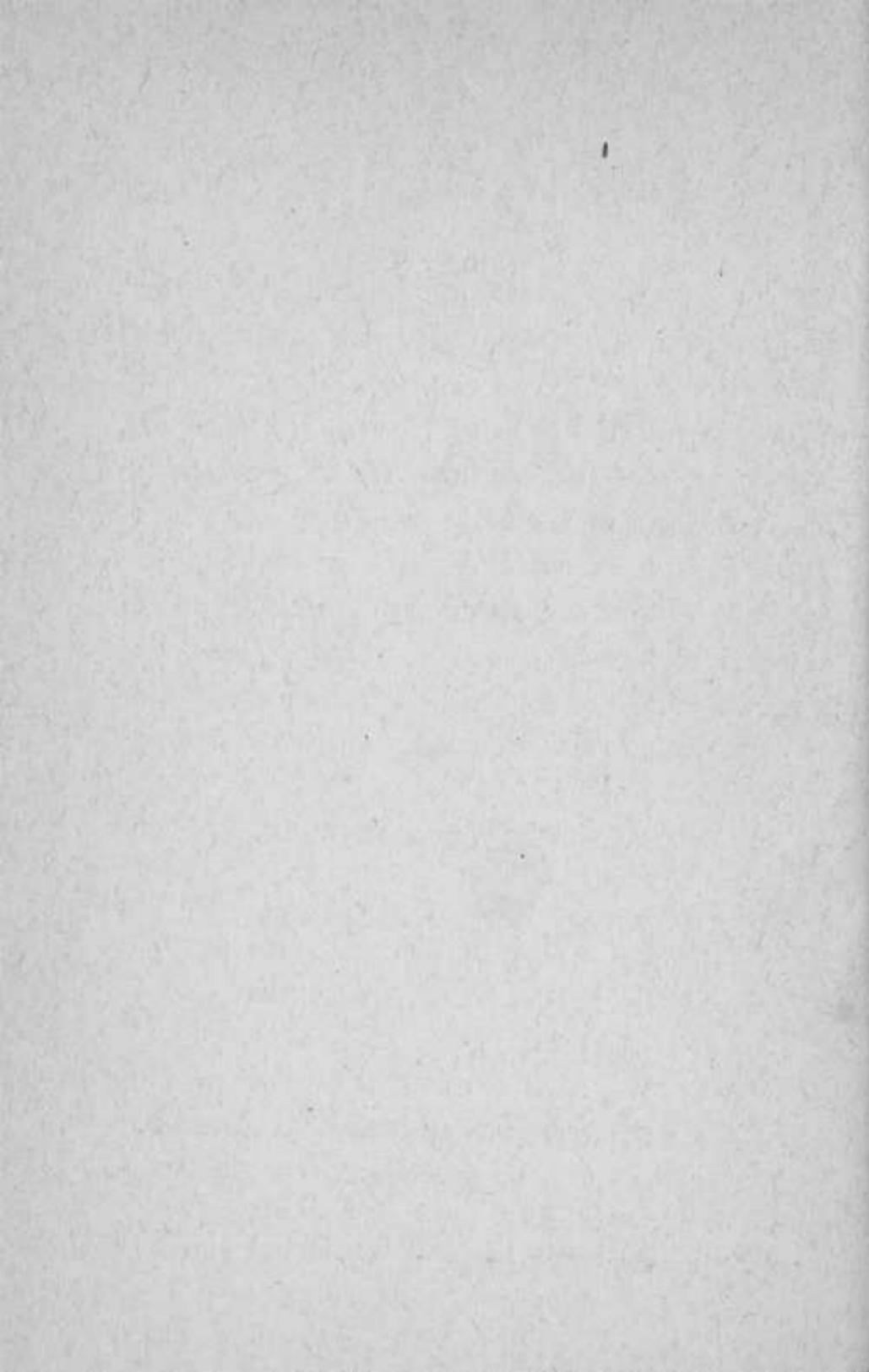


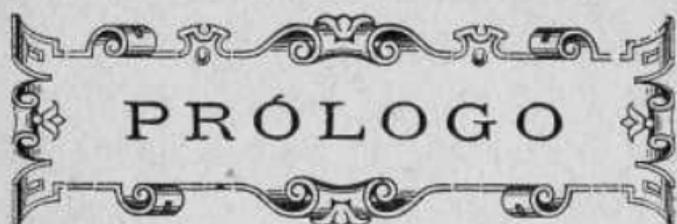
*Puede publicarse.*

*Dr. Enrique S. Castillo.*

*Vicario General.*

*Hay un sello que dice: Provisorato de Astorga.*





PRÓLOGO

Cuando después del trabajo diurno necesario para ganar el pan cotidiano, me retiro á lo secreto de mi hogar solitario, me complazco en dejar volar mi imaginación febril por los risueños campos de las más hermosas ilusiones

Nunca fuí pesimista: ni cuando después de haber gozado los favores de la fortuna, me ví en la pobreza, ni cuando después de una juventud sana y alegre, caí en la enfermedad y en la melancolía. Siempre he creído que hay en el mundo

y en los hombres más bondad que malicia y que muchas de las penas de que nos lamentamos son hijas, más de nuestro inquieto pensamiento, que de la realidad.

El que piensa que es desgraciado ya tiene dado el primer paso para serlo; y el que sabe sufrir con paciencia el peso de la adversidad, ya se encuentra en camino para ser feliz.

No recuerdo quien dijo que en este mundo no hay bastante felicidad para todos; pero, con perdón del sabio autor de esta máxima, podemos afirmar que es inexacta y hasta parece una blasfemia.

Porque suponer que el Supremo Creador no ha repartido por igual los bienes y los males es pensar torcidamente y hasta tratar con poco respeto la justicia y la misericordia divinas.

Los bienes y los males los llevamos en nuestro propio corazón. Muchas veces hablando de un pobre lleno de privaciones y cargado de miserias, hemos

oído decir: *¡qué desgraciado es ese hombre!*, y sin embargo, este hombre que mirado por fuera parece tan infeliz, acaso será más dichoso que el rico potentado que vive en la mayor opulencia y de quien todos dicen: *¡qué feliz es ese hombre!*

Porque el pobre resignado, es más feliz que el rico ambicioso y nada debe de haber más horrible que la tristeza en el seno de la abundancia.

Placeres y dolores son relativos: cosas hay que en unos corazones producen tristeza y en otros alegría. La burla grosera que al hombre vulgar le sirve de satisfacción, es dolorosísima para un espíritu culto.—*¡Soy el hombre más desgraciado del mundo!*—dicen muchos que no piensan en los dolores de los demás; *¡maldita sea mi suerte!*, dicen otros creyendo que su suerte es la más adversa de todas. Y los que así se lamentan son verdaderos egoístas que no se ven más que á sí mismos, y como se miran muy

de cerca no ven las cosas con la debida claridad.

Querer ser siempre felices en el mundo es pretender que siempre haya sol en el cielo y que el mundo sea un día continuo y una primavera inacabable.

Siempre ha de haber noche que siga al día, frío que venga tras del calor. Del mismo modo en el corazón humano la tristeza ha de acompañar á la alegría y la pena ha de amargar la felicidad.

Un poeta ha dicho:

«Jamás sin cruces vivimos  
mientras en el mundo estamos:  
si Dios no nos las envía  
nosotros nos las buscamos.»

La cruz, pues, no es patrimonio de unos pocos, porque pertenece á toda la humanidad; no es que no haya bastante felicidad para todos en el mundo y que unos sean felices mientras otros son des-

graciados; es que todos sufren lo mismo, los ricos que los pobres, los sabios y los ignorantes, los grandes y los pequeños, porque tan pesada cruz, es la miseria desvalida, como la opulencia ambiciosa, y aun acaso sea mayor dolor no conformarse con lo mucho que carecer de lo poco.

Con estos pensamientos en la mente paso yo mis tristes soledades nocturnas: si alguna vez llegan hasta mi corazón las seducciones de que pocas veces se ve libre la pobreza, estos pensamientos levantan mi espíritu á regiones más puras donde encuentro resignación y consuelo.

Y si desde estas regiones del pensamiento, desciendo á la vida de la realidad, que muchos llaman impura, también en ella hallo grandes motivos que afirman más y más aquellos pensamientos, porque en esta vida, que para mí ha sido de grandes vicisitudes, careciendo hasta de lo más necesario y privado de uno de los

órganos más importantes de mi cuerpo, cuando parecía que me encontraba en el mayor desamparo, siempre he visto la mano de la Providencia derramando sobre mí mucho bien por medio de corazones caritativos, á los cuales, tendré siempre sentimientos de profunda gratitud.

No: no es malo el mundo; los malos están en minoría, pero como hacen más ruido parece que lo llenan todo. En cambio, las almas buenas, pasan la vida practicando el bien, silenciosamente, dando todo lo que tienen al prójimo, como la humilde violeta que escondida entre feos yerbajos ofrece generosamente su aroma á los mismos que la pisan y la manchan.

Me avergonzaría yo de mi mismo, si no hiciese públicos estos sentimientos de mi corazón. Sirvan ellos de satisfacción á las ilustres personas que me han favorecido, y de prólogo á este modesto libro, escrito en esas noches soli-

tarias pasadas en mi humilde gabinete después del trabajo cotidiano, á que mientras he podido me he dedicado con ardor.

No busque aquí el lector profundidad de pensamiento, ni ilustración ni belleza de estilo: el que escribe estas líneas no es literato ni aspira á serlo, ni lo cree necesario para expresar lisa y llanamente los sentimientos de su alma.

Cumplido este deber, solo ruego al lector que mire más á lo que digo que á la manera de expresarlo, y que en gracia al fin, perdone la pobreza de los medios.

---

u  
si  
p  
h  
p  
al  
ci  
en

## EL TRABAJO



AL EXCMO. AYUNTAMIENTO  
DE LA CIUDAD DE ASTORGA

Hay en la provincia de León una noble y antigua Ciudad, que si en tiempos pasados fué grande por la heroicidad de sus valerosos hijos, no es hoy menos famosa por el culto que en ella se presta al trabajo en todas sus manifestaciones.

Ilustres fueron los astorganos en la antigüedad empuñando las

armas del guerrero, por defender la honra de la patria, pero no lo son menos en la actualidad manejando los instrumentos de un trabajo que ha dado á la industria de Astorga gran renombre.

Porque en los modernos tiempos de paz ya no se ensangrientan los campos de batalla á costa de la vida de los hombres; sino que los inteligentes, los fuertes, los honrados, entablan otra lucha más fecunda contra la pobreza por medio del trabajo,

Nada más hermoso que recoger los productos que la mano de Dios ha esparcido en la naturaleza y darles nueva forma, convirtiéndolos en otros más convenientes. Brotan del fresco suelo

las aromáticas flores, recoge en ellas la abeja las esencias con que ha de hacer su panal; toma este panal el hombre y en virtud de una labor inteligente lo transforma en el severo cirio que ha de alumbrar el cadáver de la persona amada, ó en la piadosa ofrenda con que el alma dá gracias á Dios por los favores recibidos.

Ese es el trabajo; y esas son las luchas de los modernos tiempos.

Cuando las campanas de la Catedral, apenas el día amanece, lanzan al aire sus graves sonidos, levántase el obrero astorgano y alegremente se entrega al trabajo, cumpliendo el precepto que Dios impuso al hombre de ganar el pan con el sudor de su frente.

Sobrio é incansable, religioso y amante de la familia, pone su honor en la perfección del producto que elabora, y se llena de noble orgullo, cuando desde lejanas tierras llegan hasta él los elogios que su labor merece; y cuando viene la noche se retira satisfecho á su hogar, sabiendo que ha cumplido un deber, y contribuído á sostener el buen nombre de su pueblo.

¡Con cuánta satisfacción en tiempos mas felices para mí trabajé también en esta honrosa tarea! Con cuánto placer unido fraternalmente á los obreros de mi casa me entregaba al trabajo con incansable actividad, llevando mi humilde piedrecita al monumento

de la prosperidad y de la fama de Astorga!

Mientras tuve fuerzas luché denodadamente en este gloriosísimo campo; pero la desgracia me venció; y hoy triste y abatido no me queda mas consuelo que pensar en aquellos tiempos felices y acrecentar si es posible más y más cada día el profundo amor que siento por el pueblo que meció mi cuna.

Grandes ciudades que fueron muy famosas en la antigüedad han desaparecido y de ellas apenas queda un recuerdo en la Historia; pero Astorga no desaparecerá jamás y vivirá siempre ilustre y gloriosa gracias al trabajo perseverante de sus hijos.

¡Bendito sea el trabajo, y benditos los hombres que á él se consagran con tan nobles fines como son los que persiguen los honrados obreros astorganos!



## NO ME OLVIDES



Á MI QUERIDA HERMANA

SOR MARÍA RITA

DEL PERPÉTUO SOCORRO.

Era un hermoso día de Otoño. Las campanas del antiguo convento de Santa Clara, situado en la ciudad de Astorga, volteaban alegremente esparciendo por el aire sus armoniosas vibraciones. El templo estaba adornado con sus mejores galas: gran profusión de flores y luces anunciaban que se preparaba una solemne festi-

vidad. Las venerables religiosas hablaban secretamente en el coro transmitiéndose unas á otras órdenes superiores para el mejor éxito de la ceremonia, que con ansiedad aguardaban. Los habitantes del barrio que rodea al Convento, salían á las puertas de sus casas, animados por la sencilla curiosidad de ver la brillante comitiva.

¿Qué acontecimiento esperaban? ¿A qué obedecía el repique de las campanas, los adornos de la iglesia y la inquietud de las religiosas? ¿Qué anunciaba aquel movimiento en las gentes, y aquella extraordinaria animación en el pacífico barrio de Santa Clara?

Una ceremonia antigua, pero siempre nueva, una festividad cien

veces vista y con nueva ansia deseada ver, unas bodas que en nada se parecen á las bodas con que la humanidad funda nuevos hogares.

Una joven de distinguida familia, un alma pura que por misericordia de Dios, apenas conocía los males del mundo, una flor delicada que había crecido al abrigo del santuario, á donde no llegan los furiosos vendabales del siglo, una niña que como la Virgen María, había pasado su infancia en el templo del Señor, iba á celebrar sus desposorios místicos, con aquél Dios que es todo amor, todo pureza.

Un sacerdote que es modelo de ministros del Señor, unido á

aquella niña, por lazos de estrecho parentesco, fué el jardinero encargado por Dios, de cuidar, con amorosa solicitud, flor tan delicada. Aun no había cumplido María los ocho años, cuando aquel varon perfecto, que tenía en ella un tesoro, la puso bajo la protección de la gloriosa Santa Clara, encomendando su educación á las monjas de aquel monasterio. Y en verdad, que no tuvo que arrepentirse de esta decisión, porque la niña se hizo digna desde el primer día del cariño de sus hermanas y maestras. Era obediente, sencilla, piadosa, trabajadora, inteligente: todo su deseo, era servir á Dios y obedecer á las santas personas que la guiaban por buen

camino. Aprendió las letras y las artes y se complacía en pasar largas horas sentada al órgano cantando las glorias al Altísimo.

Progresaba en la perfección religiosa y era muy querida de cuantos tenían la dicha de tratarla: de modo que cuando llegó á los quince años y se vió en edad de tomar estado, las venerables religiosas temían perder aquel inestimable tesoro.

Pero este temor pronto desapareció. María quiso abrazar el estado monástico, y amorosa y agradecida escogió el convento de Santa Clara, de Astorga, para consagrar en él á Dios su virginidad.

Por eso repican las campanas;

por eso aparece la iglesia llena de flores y de luces; por eso las religiosas están alegres y los vecinos del barrio entregados á la animación y á la curiosidad.

Llegó el momento crítico para todos con tanta ansiedad esperanzado. Delante de sus parientes y de los amigos, de las religiosas y sobre todo, delante de aquel Dios que habita en los corazones purísimos, María pronunció solemnemente sus votos dándose en desposorio espiritual al Señor, era quien tenía cifradas sus más raras sueñas esperanzas.

La puerta del mundo se cerró para siempre detrás de la joven que quedó separada de las tormentas mundanales dentro del piadoso su

en recinto como una preciada joya oculta en un estuche para que las inclemencias exteriores no la manchen.

Fué aquel un momento solemne: todos lloraban con lágrimas silenciosas, sin atreverse á protestar ninguna palabra por no perturbar la calma de aquel corazón escogido por Dios. Pero cuando el órgano comenzó á preludiar las graves notas del *Te Deum*, un joven que parecía un niño se acercó á la reja y dirigiéndose á la nueva religiosa, dijo:

MARÍA, NO ME OLVIDES.

Y luego, no pudiendo resistir en la tensión de su pecho, salió al campo y dió allí rienda suelta á sus lágrimas.

Concluyó la ceremonia, cerráronse los pesados portones del convento, recobró la iglesia su ordinaria tranquilidad, volvieron las religiosas á sus pacíficas ocupaciones y Sor María, ya esposa de Jesús continuó progresando cada día más en la senda de la perfección á la sombra bendita del santuario.

Y aquel joven que parecía un niño lanzóse al mundo emprestando la terrible batalla de la vida. Mil vicisitudes le probaron mil dolores le acometieron, mil tentaciones le asediaron; muchas veces estuvo al borde del sepulcro y otras en grave riesgo de caer acaso para no levantarse jamás. En todos estos trances siem-

pre sintió cerca de sí una mano que le sostenía, un espíritu que le consolaba, una Providencia que le servía de constante compañera. Y muchas veces, cuando se sentía desfallecer y creía que todos le abandonaban, oía en el fondo de su corazón estas dulcísimas palabras: «No te olvido».

No me ha olvidado, no: desde mi celda solitaria ha elevado constantemente sus preces al Altísimo para que me sostuviera en las horas difíciles. Sus oraciones han sido, indudablemente, poderosísimas, para llamar hacia mí la misericordia del Señor. Desde aquel olvidado convento de Santa Clara, se ha subido al cielo el aroma de mis plegarias, que al condensarse

en las alturas ha bajado á mi corazón en forma de celestiales bendiciones.

En el retiro de su celda, iluminada por superiores luces habrá visto á su pobre hermano peregrinando sin rumbo fijo por el abrasado desierto de la vida, y ella que es todo amor y caridad ha pedido á su celestial Esposa que proteja á este desgraciado. Y hoy, cuando ya voy descendiendo la pendiente de la vida, llevando sobre mí la pesada carga de desencantos y dolores, también necesito, hermana mía, de tu solicitud y como en aquel solemne momento en que dejaste al mundo para siempre, digo:

NO ME OLVIDES.

## RICOS Y POBRES



Á LA EXCMA. SEÑORA

D.<sup>a</sup> ELENA HERRERO, DE BOSCH  
Y FUSTEGUERAS

Nunca he creído en las teorías igualitarias, con que cuatro ilusos ó perversos quieren engañar á los pobres.

Siempre he pensado que es preciso que en el mundo haya ricos y pobres, como hay grandes y pequeños, sabios é ignorantes, buenos y malos.

Las riquezas en sí mismas, no son un bien, porque ellas por sí nada valen: son instrumentos con los que se puede hacer mucho bien ó mucho mal, según la forma en que se empleen.

Un billete de Banco por sí mismo, no vale más que un cromó ordinario, pero empleado por una mano caritativa en provecho del pobre es un bien, y sirviendo de infame precio á una obra perversa es un mal.

De igual modo el hombre rico que no se satisface con su fortuna, es mas pobre que el indigente que se conforma con su pobreza.

Todos estos son términos relativos y es necesario tenerlo muy po

en cuenta, para apreciar debidamente las cosas.

Hablar, pues, de igualdad de fortunas y soñar con una liquidación que haga á todos iguales, es confundir lastimosamente los términos engañando á los tontos y á los incautos.

Cuando oigo hablar mal, sistemáticamente, de las clases adineradas, siento una especie de ofensa á la gratitud que me liga con varios potentados.

Los que así hablan ignoran lo que dicen y es grave error hablar de lo que no se entiende.

Si fuera posible, sería muy conveniente formar una estadística de las obras de caridad, ejercidas por la aristocracia madrileña: ve-

riase entonces, cuán falsas son las declamaciones de los enemigos de la sociedad.

Asilos, colegios, hospitales, escuelas, templos y otras mil obras excelentes y santas, están casi exclusivamente sostenidas por la caridad de ilustres personajes. Y como si esto fuera poco, aún queda la protección individual con que muchísimos ricos favorecen á los desgraciados.

Es muy fácil soliviantar las pasiones de los que nada tienen excitándolos á luchar contra los favorecidos por la fortuna. Nada más seductor que aquello de

«Yo no tengo en mi casa dos reales y V. tiene en la suya un millón pues es V. un ladrón.»

El que escribió estos versos conocía perfectamente el corazón humano y sabía cómo han de halagarse las malas pasiones.

¿Por qué seré yo pobre y otros serán ricos? pregunta en su corazón el desheredado de la fortuna —¿no son todos los hombres iguales?—¿no son todos hermanos?—¿no son todos hijos de Dios?

Á esta pregunta, contesta muy elocuentemente un ilustre escritor contemporáneo, en los siguientes términos:

«La igualdad social de todos los hombres, es un verdadero absurdo. La vida, en la sociedad, es semejante á la de los individuos; y así como éstos para vivir han menester un organismo complejo

formado de partes distintas que ejecutan funciones diversas, del mismo modo la sociedad necesita la diferenciación de sus componentes armonizados.

»Si las ruedas de un reloj fueran todas iguales, sería imposible la marcha del aparato, que después de varios movimientos irregulares, acabaría por pararse ó por romperse; es preciso que en la máquina haya piezas grandes y piezas pequeñas, que se diferencien en su respectiva finalidad aunque todas estén formadas de la misma substancia y ejecuten movimientos igualmente necesarios.

»Cuando los socialistas hablan al pueblo de la lucha de clases y le prometen la igualdad social

el día que triunfe la revolución, le engañan miserablemente. No hay tal nivelación. Lo que hay es un deseo de poseer la fortuna ajena, deseo tan antiguo como el hombre pecador, y para sostener el cual, no son necesarios grandes estudios económicos; basta escuchar las torcidas sugestiones de un espíritu mal avenido con la pobreza.»

Los que sistemáticamente hablan mal de los ricos deben meditar estas sabias palabras, que llevan consuelo y paz al corazón de los pobres y deben también conocer la opinión de muchos pobres no endurecidos por la ingratitude.

Entonces sabrán que hay una

manera secreta de hacer el bien, y que de este modo lo practican muchas personas pudientes; sabrán que esa caridad, verdaderamente cristiana, contiene el torrente devastador de la anarquía que todo pretende reducirlo á escombros.

Muchas veces, si habéis pasado por alguna sucia y olvidada calle del viejo Madrid, habréis visto un lujoso coche parado á la puerta de una humilde habitación. ¿Sabéis lo que significa aquel coche? Pues la dama opulenta ó el linajudo aristócrata que va de casa en casa visitando los pobres, socorriéndoles con esplendidez y evitándoles la vergüenza de tener que pedir una limosna.

En ese coche van los bonos pa-

ra conseguir el sustento y la carta de recomendación para obtener la credencial, el buen consejo, la palabra que alienta, la esperanza que consuela y el cariño que alegra la vida.

Esto lo saben prácticamente muchos desgraciados y en sus tristes momentos, no dejan de dar gracias á Dios por tantos beneficios.

Ya sé que hay ricos egoistas que no piensan mas que en sí propios y pasan la vida despreciando y sirviendo de escándalo á los pobres; pero esto es una excepción, que no destruye la regla general.

¡Benditos sean los ricos que aman á los pobres y procuran ha-

cerles menos penosa su peregrinación por este valle de lágrimas!

¡Benditos los pobres que cultivan en su corazón la santa flor de la gratitud!



# LAS HUÉRFANAS DE SANTA CRUZ



A MIS QUERIDAS PRIMAS VICENTA  
Y JUANA ELICES

Era el mes de Mayo. Huyendo del bullicio de la Corte pensé en salir al campo: bajé desde la plaza mayor por la calle de Toledo, hormiguero de gente trabajadora que en modestos comercios y hasta en humildes tenduchos, cumple el deber de trabajar impuesto por

Dios á todos los hombres. Traspuse la Puerta de Toledo, y pasado el famoso puente, me encontré en medio del campo alegre con los esplendores del sol primaveral. Andando, andando, distraído y meditabundo llegué después de dos horas de paseo al pueblo de Carabanchel Bajo, en cuya plaza llamó mi atención un vistoso jardín que sirve de entrada á un elegante Hotel.

—¿De quién es esa casa pregunté al primer transeunte que pasó.  
—Es el Colegio de Huérfanas de la parroquia de Sta. Cruz, me contestó afablemente, y en él reciben cristiana educación unas cien niñas.

Ya tenía yo noticias de esta fun-

dación: sabía que toda ella fué un milagro de la caridad.

El marqués de Casa-Jimenez regaló generosamente el terreno para la construcción. La ilustre Duquesa viuda de Bailén, con esplendidez verdaderamente regia puso á disposición de la obra cuanto fué necesario para realizarla y una comisión de esas esclarecidas señoras, tan conocidas por los pobres de Madrid, vino á coronar este hermoso alarde de caridad cristiana, poniendo al servicio de la fundación, no solamente recursos materiales, sino también el celo y el entusiasmo, sin los cuales no hay obra buena que pueda sostenerse. El arquitecto Sr. Marañón empleó gratui-

tamente su talento y su laboriosidad incansable en beneficio de la santa empresa, y las insignes Hermanas de la Caridad, verdaderos ángeles en forma terrena, no escatimaron trabajo ni fatiga hasta ver organizado de la manera perfecta que hoy lo vemos, este Colegio de Huérfanas de Santa Cruz.

Los que por costumbre, aunque no por convicción, hablan mal de las Ordenes religiosas, harían bien en visitar este Colegio que tanto provecho moral y material reporta á muchas niñas inocentes.

El porvenir de un niño, es siempre obra de su madre, dijo Napoleón. Nada más importante pues que educar y formar cristiana-

riormente á la mujer que ha de preparar el porvenir de los hombres.

Figuraos que por una de esas vicisitudes tan frecuentes en esta pobre vida, se desmorona un hogar cualquiera: el marido sale pa-nera la cárcel ó tal vez para el cementerio; la mujer desventurada ha de emplear el día entero en ganar el sustento lejos de su casa; los niños quedan abandonados, y las niñas expuestas á mil peligros y dolores. ¿Qué hacer en tan tristes circunstancias?

Lo primero es vivir, y harto hace la mujer desvalida que honradamente y con largo y penoso trabajo gana el pan para sus hijos. ¿Cómo ha de educar á estos? ¿Cómo ha de preparar ese porve-

nir que es obra de la madre, según la frase de Napoleón?

Creciendo en la soledad y en abandono, educados por los malos ejemplos, que desgraciadamente abundan en este mundo, tentados por la necesidad y la miseria, los niños y las niñas están muy expuestos á caer. ¡Cuántas de estas caídas presenciarnos diariamente!

Pues la caridad tiene fuerza para remediar estos males. Dígame este Colegio de Sta. Cruz, que recoge en los hogares fríos á las pobres niñas huérfanas ó abandonadas y en pocos años hace de ellas honradas mujeres, instruidas, discretas, piadosas, que al volver al mundo han de fundar en él fami-

lias cristianas que sean semillero de buenos ciudadanos.

Para hacer el elogio del Colegio de Sta. Cruz bastaría decir que está á cargo de las Hermanas de la Caridad; porque este nombre solo es garantía de abnegación, sacrificio, amor al prójimo, piedad, laboriosidad incansable, ternura exquisita, alegría santa, sencillez angélica y de cuantas virtudes es capaz el corazón de la mujer.

El orden más fecundo reina en aquella casa. Despiertan las hermanas y las alumnas cuando los pájaros desde los árboles del jardín saludan con armoniosos trinos la venida de la aurora. Son sus primeros pensamientos y sus primeras palabras para Dios que

es el dador de todos los bienes. Reparten el día entre la labor manual, el cultivo del espíritu y la honesta recreación. No hay allí, como creen los que nunca han visto estas casas, esa seriedad antipática y esa rigidez austera impropia de corazones juveniles, sino que fraternizando amorosamente maestras y discípulas pasan la vida en inocente alegría, en la escuela, en la Capilla y en el jardín.

No se descuidan tampoco los bienes materiales. El alimento es abundante y excelente; las habitaciones amplias y bien amuebladas; el vestido airoso y elegante. De nada carecen las niñas; y aunque fueran de familias bien aco-

modadas nada echarían de menos en el Colegio de Sta. Cruz.

—Pero todo eso será muy caro —dirá tal vez alguno;—todo eso será muy caro y no estará al alcance de las huérfanas que no sean ricas.

No hay tal: esos beneficios los reciben gratuitamente los pobres; y los que no son pobres abonan una ínfima cantidad con la que ciertamente no se puede hacer mucho.

Pero la caridad todo lo suple y mientras haya caridad en el corazón de los madrileños, seguirá el Colegio de Sta. Cruz esparciendo el bien entre los pobres.

Nada tan conmovedor como la despedida de una huérfana que

habiendo cumplido veinte años sale del Colegio para pelear las batallas de la vida.

Las cariñosas hermanas la abrazan sollozando con la mayor ternura como quien se desprende de algo que ama con todo su corazón.

—Adios, hija mía, la dicen; que seas muy feliz.

—Adios hermanas:—contesta la pobre joven;—jamás olvidaré lo que en esta casa han hecho por mí.

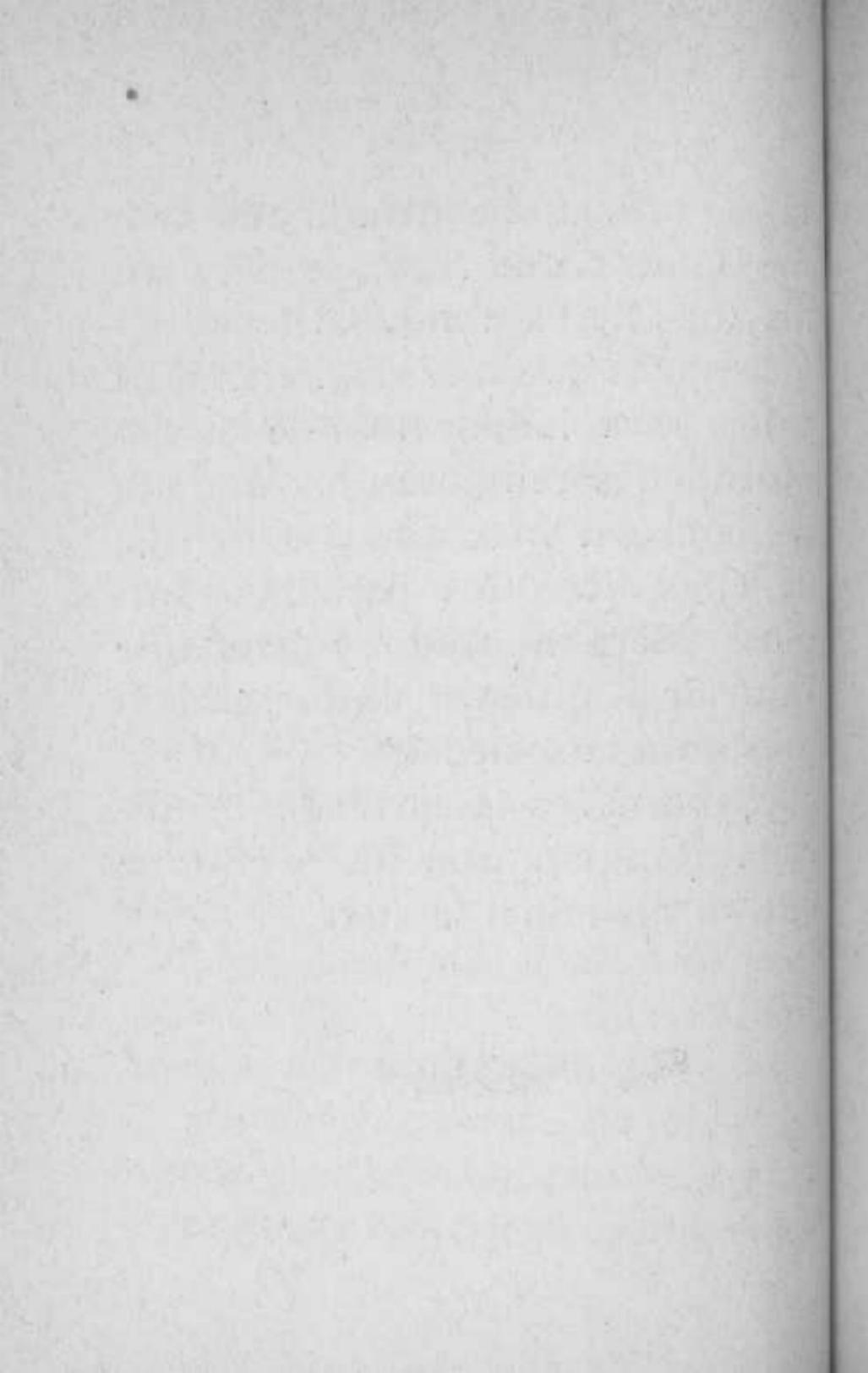
Llena de fe, de entusiasmo vuelve á la vida activa de la sociedad, donde ciertamente ha de ser muy combatida como nave que es juguete de las olas; pero no perecerá porque es fuerte; posee la for-

taleza cristiana contra la cual, como contra una roca, se estrellan los más fieros vendabales.

Después de saber esto, ¿tendrán valor para hablar mal de las Comunidades religiosas los que no las conocen más que por lo que de ellas dicen los periódicos impíos? ¿Será honrado y razonable injuriar á quienes tanto servicio prestan á la sociedad?

¡Bendita sea la caridad y bendita la Religión que ha hecho de ella su principal virtud!





## POR LA PATRIA



AL TENIENTE CORONEL

DON JULIO SEGUÍ Y SALA.

Si alguna vez me he quejado amargamente de mi triste situación, ha sido al ver marchar á la guerra llenos de alegría y entusiasmo los soldados de mi patria.

Confieso ingenuamente que el corazón me daba vuelcos en el pecho, y olvidado de mi desgracia, parecía que me incitaba á

arrojar las muletas y á lanzarme en medio de aquella heroica muchedumbre.

Soy hombre muy pacífico; jamás reñí con nadie; siempre perdoné las ofensas que se me hicieron y he olvidado los nombres de los muchos que me han hecho daño; pero el espectáculo de un batallón en marcha, conmueve todo mi ser y llena mi corazón de sentimientos guerreros,

¡Qué espectáculo tan hermoso! Van al frente, abriendo camino, los mejores mozos de la quinta, siguen después los cornetas dando al aire bélicos clamores; aparece luego el veterano Coronel ostentando cruces y galones ganados en cien batallas y tras de él

animosos y contentos, caminan jóvenes soldados formando un bosque de bayonetas, entre las cuales, surge la gloriosa bandera, emblema querido de la Patria que todos han jurado defender hasta derramar la última gota de sangre. Y como marco de éste cuadro deslumbrador, las madres y los parientes, los amigos y el pueblo todo que alienta y honra á sus soldados.

¿A dónde van? Van al ingrato suelo marroquí, á la infame manigua cubana, á la infecta laguna filipina; pero ellos no preguntan donde van: saben que van á defender á su Patria y esto les basta, porque para el soldado español, cuando de defender la Patria

se trata, lo primero y lo único es la Patria.

El pueblo y el ejército fraternizan en España. Cuando el ejército está en la guerra, el pueblo le sostiene con su generosidad, con sus simpatías, con sus oraciones; y en tiempo de paz, ejército y pueblo permanecen unidos con los vínculos de la amistad más sincera; por eso el soldado pelea gustoso sabiendo que en la madre patria hay muchos corazones que palpitan como el suyo.

El soldado español, es el más sobrio del mundo; el que mejor lleva las fatigas y privaciones; el más insensible á las inclemencias y á las amenazas; el más amante de su honor y el que mejor cum-

ple sus deberes. Por eso el soldado español es el más temible de todos.

¡Qué hermoso es luchar por la Patria, y qué glorioso morir por ella! Esta muerte es una especie de vida, porque cada soldado que muere; suscita en el corazón de los demás nuevos sentimientos de valor y de patriotismo.

Por la Patria deben hacerse los mayores sacrificios: los sabios la dan las primicias de su talento; los obreros, sus trabajos; los sacerdotes, sus oraciones; el soldado da más porque da su vida que es el mayor bien que hay en este mundo.

Si grande es el sacrificio, grande debe ser también la recompen-

sa. Indudablemente Dios distinguirá en la gloria con mayores goces á los que han muerto por su patria.



## DE VIAJE.



A LA EXCMA. SRA. CONDESA  
DE PEÑA-RAMIRO.

Nada más grato que dejar el bullicio de la Corte después de una larga temporada de trabajo y retirarse al campo en donde en medio de una naturaleza sana, respirando aires puros y libre de toda preocupación, puede el hombre restaurar sus fuerzas y prepararse para volver á entrar en la lucha.

Recuerdo perfectamente un gra-

to viaje que yo hice desde Madrid hasta el límite occidental de la provincia de León. Era á mediados de Junio, cuando el calor horroroso del clima madrileño incita á huir hacia el Norte. En la estación se agolpaban los viajeros que iban en busca de playas y balnearios; unos á recobrar la salud, otros á rendir culto á la moda; todos huyendo de la capital para volver á las provincias algo de lo mucho que las mismas envían á Madrid.

El tren se puso en marcha y pronto pasado el puente de los franceses, desapareció en el confín del horizonte la silueta de la capital de la monarquía. Comenzó entonces para mí la vida del

campo; y asomado á la ventanilla me complacía en aspirar los gratos aromas campesinos. Como visión caleidoscópica pasaban ante mis ojos los montes, los valles, los ríos que se movían como serpientes de plata, los pueblecillos que parecían de cartón, los prados con los ganados que en ellos pastaban, las huertas con los obreros que en ellas encontraban el sustento..... todo un mundo pintoresco lleno de poesía que conmovía dulcemente mi alma.

Para el que habita en los cuchitriles madrileños, sin ver desde su casa más horizonte que el tejado del vecino y se pasa la vida entre la estrecha habitación de un piso tercero y la oscura ofici-

na del Ministerio, aquellos horizontes purísimos y amplios, aquella luz espléndida y sana, todo aquel nuevo mundo campestre tenía que ser sumamente agradable.

Como una exhalación pasamos por el Escorial, la octava maravilla del mundo y por Ávila, la ciudad de los venerables recuerdos; cruzamos los hermosísimos pinares valisoletanos y llegamos á la ilustre ciudad de Medina, mil veces nombrada en nuestra gloriosa historia.

Poco más allá encontramos á Valladolid tan famosa por sus monumentos como por sus recuerdos históricos y su riqueza y adelanto; en ella florecen las artes y el co-

mercio, y su agricultura es también muy notable.

Amanecía cuando llegamos á la insigne ciudad de Palencia. *En Palencia armas y ciencia*—dice un antiguo proverbio,—y bien podemos añadir que también florecen en aquella capital el trabajo y la honradez, fuentes seguras de riqueza.

El poderoso sol de Castilla iluminó durante varias horas la inmensa llanura de Campos, el granero de España, de donde los incansables labradores sacan el pan para toda la península y aún sobra para exportar á lejanas tierras. Es admirable la vida de aquellos infelices, que sin la tiranía de las contribuciones serían riquísimos

y con ellas son pobres y carecen de lo más necesario.

Llegamos por fin á León, la antigua capital del Reino, la ciudad inmortal que guarda en su seno recuerdos de todas las edades y conserva monumentos que son la admiración del mundo. Su Catedral tiene fama europea, y la Colegiata de S. Isidoro, el Convento de S. Marcos y otros muchos edificios no le van en zaga.

Desde León se extiende un verdadero jardín hasta Astorga, la ilustre ciudad romana, grande en los pasados siglos y heroica é invicta en los modernos, pues supo detener el paso de los ejércitos napoleónicos cuando en los comienzos del presente siglo, quisieron

apoderarse de España. En ella florece la industria, y sus hijos tienen en todas partes fama de ser honrados y leales. Sus costumbres son morigeradas; la religión brilla allí con gran esplendor; su silla episcopal es de las más ilustres de España; Astorga, finalmente es ciudad que honra no solo á la provincia de León, sino á toda la monarquía española.

Después de un pintoresco recorrido por preciosísimos valles y de atravesar varios túneles que son verdaderas maravillas de construcción, penétrase en el ameno territorio berciano, pasando por poblaciones tan importantes como Bembibre inmortalizada en una novela famosa por el eminente es-

critor D. Enrique Gil y Carrasco, autor de *El Señor de Bemibre*, San Miguel de las Dueñas notable por su magnífico monasterio, y Ponferrada con su castillo de los templarios, lleno de recuerdos históricos y de poéticas leyendas; á sus pies arrastra el Sil sus arenas de oro explotadas antiguamente por los romanos que sacaban de este río y llevaban á Roma grandes cantidades del preciosísimo metal.

Desde la inmediata estación de Toral de los Vados parte la línea férrea que nos conduce á Villafraanca; la perla del Bierzo; solar nobilísimo de ilustres casas cuyos ascendientes figuraron siempre con honor entre la primera

nobleza de España; sus templos y conventos son magníficos y sobre todo sus campos ostentan una riqueza de frutos extraordinaria, con los que sostienen una industria muy floreciente. Llama la atención del viajero en esta villa el castillo-palacio de los marqueses de Villafranca del Bierzo, hoy felizmente restaurado y embellecido por la ilustre dama cuyo nombre va al frente de este artículo: el castillo evoca recuerdos legendarios con los cuales la imaginación del pueblo ha sabido construir mil poéticas consejas.

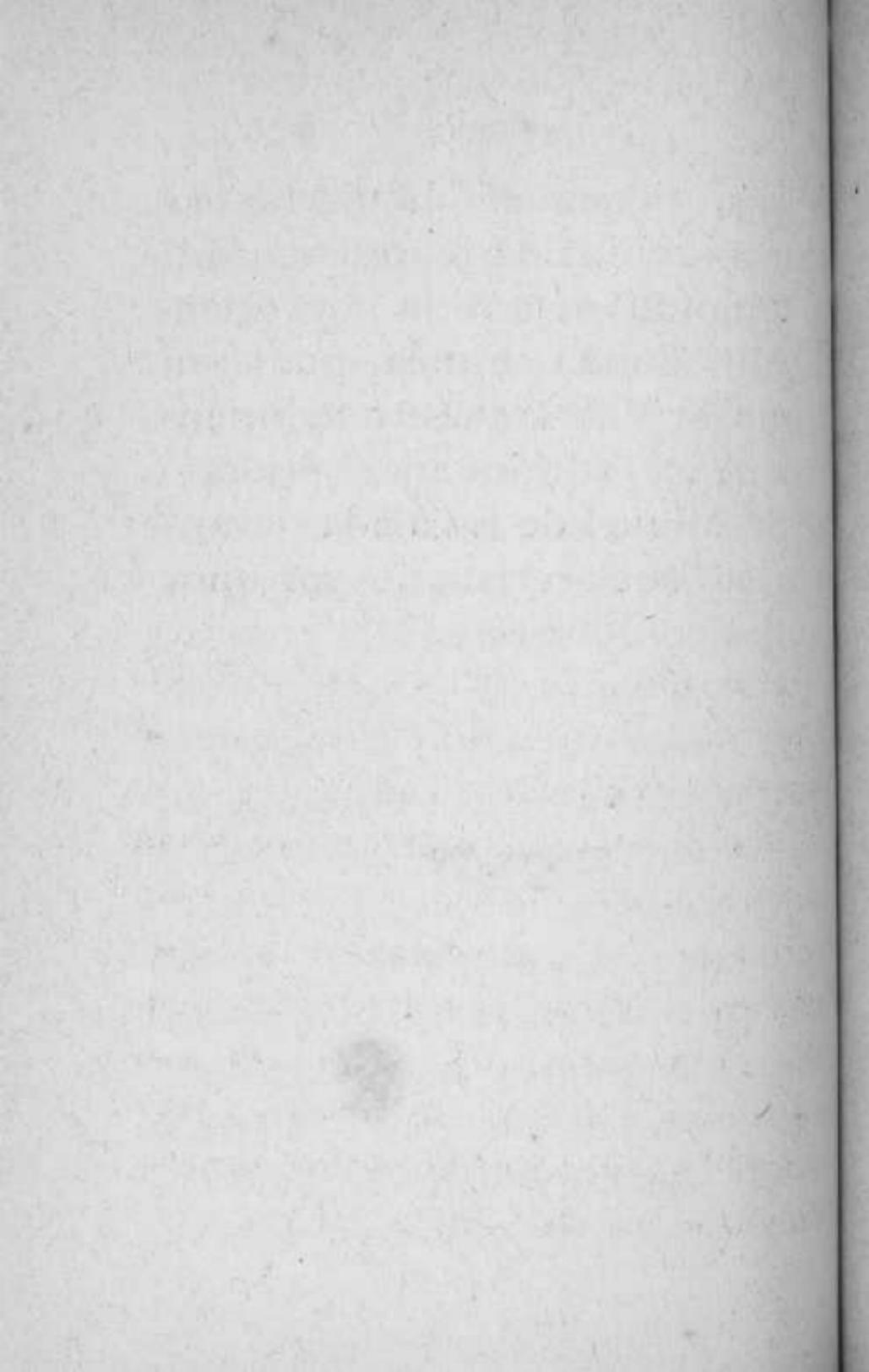
Pocas regiones de España podrán envanecerse con tantas bellezas como la de León; de ella ha escrito un eminente literato leonés las si-

guientes líneas que son el mejor remate que puedo poner á este artículo.

«Es la provincia de León un vivo museo arqueológico. En ella encuentra el viajero á cada paso hermosos monumentos que dan testimonio de la riqueza, de la piedad, del poder y de la sabiduría de las pasadas generaciones tratadas de bárbaras por la supina ignorancia de nuestro siglo enciclopédico: muros y puentes romanos, iglesias bizantinas, castillos góticos, templos ojivales, conventos y palacios platerescos y neoclásicos, obras maravillosas de orfebrería y de talla, lienzos valiosísimos; y cuantas obras pueden producir el arte para expresar la

mejor belleza, tienen en la tierra leonesa muy lucida representación, no faltando ni aún la nota oriental allí donde nunca pudieron descansar los árabes; nota oriental que se admira en el priorato de S. Miguel de Escalada levantado en suelo cristiano por unos monjes cordobeses.»





# LA GRATITUD

---

AL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL GARCÍA PRIETO.

Hay un medio con que los pobres pagan los beneficios que se les hace: es la gratitud.

Por pobre que sea una persona nunca dejará de tener á mano esta moneda con que se pagan las deudas de los favores, y no habría mayor miseria, que la de un corazón incapaz de devolver en forma de agradecimiento los beneficios que recibe.

Hay una especie de reciprocidad entre el favorecedor y el favorecido: el uno hace el beneficio; el otro, corresponde á él con su gratitud.

Un hombre pierde su fortuna, su salud y hasta sus amigos; carece de lo más necesario; todos le abandonan, la más triste soledad reina en su miserable habitación, no tiene pan que llevar á la boca ni vestido con que cubrir su cuerpo, ni lumbre con que calentar su pobre estancia; los vecinos le avergüenzan pidiéndole sus débitos; el casero le amenaza con lanzarle á la calle; la gente huye de él como de un apestado. No hay para él consuelo en la tierra, y si no tiene una fe muy grande está muy ex-

puesto á caer en la desesperación.

De pronto oye que llaman á su puerta, y que una voz dulce y cariñosa le dirige palabras de consuelo, mientras una mano generosa y caritativa le socorre y le sostiene. Ya no habrá para él ni hambre, ni desnudez, ni frío; podrá pagar sus deudas y recobrar la tranquilidad de espíritu; podrá salir á la calle con la cara levantada sin temor de que nadie le dirija insultos groseros; es feliz con la felicidad que cabe en esta miserable vida.

¿Y quién es el autor de ésta felicidad? Es un desconocido: un caballero que ha acudido allí donde ha visto una necesidad sin enterarse de si el necesitado es

malo ó bueno y sin abrigar mas que santos pensamientos de caridad. Es un partidario de aquel antiguo refrán que dice: *Haz bien y no mires á quien*; y ejecuta sus obras buenas con aquel secreto que hace que la mano izquierda no se entere de lo que practica la derecha.

El beneficio es inmenso, el favor enorme; la deuda que el desgraciado contrae para con su favorecedor es grandísima. ¿Podrá pagarla? Sí. La paga siendo agradecido; y en la gratitud encuentra un caudal con que pagar todas las deudas de esta clase por grandes que sean.

Porque la gratitud es uno de los mas hermosos sentimientos del

corazón humano; es la flor bellísima que engalana el desierto de la pobreza; es el aroma que se exhala de un alma buena y humilde.

Por la gratitud se conoce á los hombres, siendo como la piedra de toque para aquilatar los méritos del espíritu humano.

El hombre que es agradecido y demuestra su modestia ante aquel que le favorece, dá testimonio de tener un alma grande que sabe apreciar las cosas de la vida; por el contrario, el hombre de duro corazón, ingrato y desleal es un ser desgraciado que en sí mismo lleva la fuente de sus dolores y amarguras.

Un sabio ha dicho que el hom-

bre recto ha de olvidar los beneficios que hace y tener siempre presentes los que él recibe; los primeros para no ensoberbecerse, los segundos para no pervertirse. Y una insigne escritora recomienda estas mismas virtudes, aconsejando que nunca deje de hacerse el bien aunque los hombres sean ingratos.

Cuando un hombre dá sus sentimientos de gratitud á cambio de un favor recibido, debe quedar muy satisfecho como quien paga una deuda contraída; y esta paga es digna de cualquier favor por grande que sea, porque más vale un solo sentimiento del alma que todo el oro del mundo.

Yo no me canso de dar gracias

á Dios porque me ha hecho agradecido. En mi ya larga vida de sufrimientos he visto frecuentemente venir á mí la caridad, colmándome de muchos favores; pero yo, como caballero y bien nacido, he procurado siempre corresponder al bien que se me ha hecho, con mi profunda gratitud.

No he olvidado ni uno solo de los beneficios que se me han hecho por pequeños que hayan parecido: de todos conservo el recuerdo en mi corazón y allí lo guardaré hasta el último momento de mi vida.

Estos recuerdos me consuelan en mis tristes horas de melancolía, porque me demuestran que hay almas generosas en el

mundo en las cuales pueden fundar los infelices sus más halagüeñas esperanzas.

Un hombre ingrato es un verdadero monstruo, es peor que una fiera, porque hasta los animales conocen la mano que les hace bien y nunca se vuelven contra ella.

La gratitud es además como una piedra imán que atrae nuevos beneficios. Porque todo el mundo gusta de hacer bien á los agradecidos y se aparta con horror de los ingratos.



## HÉROES OCULTOS



AL EXCMO. SR. D. AURELIANO  
LINARES RIVAS

Hay una especie de heroísmo oculto que no es menos glorioso que el heroísmo vocinglero de los campos de batalla. Continuamente pasan á nuestro lado hombres que son verdaderos héroes en los cuales no se fija para nada la opinión pública: son héroes y á veces, mártires.

Porque cumplir estrictamente

con el deber viviendo una vida de miseria entre las tentaciones de los que con la bolsa en la mano quieren hacer prevaricar á los hombres, es una forma de heroicidad tan plausible como la del que arriesga su vida por defender la honra de la patria.

Todos lo sabemos: hay funcionarios de escasísimo sueldo que tienen en sus manos la fortuna de muchos litigantes de mala fe; y sin embargo aquellos humildes empleados prefieren la modestia, la pobreza y á veces hasta el hambre antes que torcer la vara de la justicia y faltar á sus deberes profesionales.

Andan por los ministerios unos pájaros de mal agüero, que mane-

ando negocios agenos, hacen el papel de demonios tentadores buscando injustas resoluciones de expedientes. Se acercan misteriosamente á las mesas en que trabajan los empleados y comienzan por enterarse del estado en que se encuentra el negocio; luego por vía de anzuelo prometen ciertos beneficios á cambio de la prontitud del despacho para venir á concluir en ofrecer dinero por tremendas injusticias. Y como la tentación viene á hombres víctimas de la miseria, no es extraño que alguna vez falte á aquellos el valor y caigan. Pero son más los que se sostienen y triunfan.

Conservo vivo en mi imaginación el recuerdo del pobre Fer-

nández. Era este un mísero auxiliar con ocho mil reales de sueldo, que, en un ministerio tenía á su cargo un negociado; era hombre recto á carta cabal; había hecho de la honradez una segunda religión porque era un perfecto cristiano. Tenía cuatro hijos y la esposa enferma, los gastos de su casa eran superiores al sueldo; pero Fernández incansable en el trabajo, sabía robar al sueño varias horas para ganar unos cuantos duros con que completar su presupuesto doméstico. El exceso de trabajo minó su salud y el médico le aconsejó el reposo, la alimentación succulenta, la vida del campo, pero desgraciadamente ninguno de aquellos remedios es-

taban al alcance de su escasa fortuna; así es que lejos de mejorar, se encontraba cada vez peor.

En esta situación le encontró uno de esos pájaros de que hemos hablado: propúsole la resolución injusta de un expediente á cambio de la cual recibiría varios miles de pesetas. La oferta era tentadora; pero Fernández, no dando oídos más que á su conciencia rechazó indignado tal proposición.

Aquella misma noche se agravó su enfermedad en términos que le fué imposible asistir al día siguiente á la oficina. En cuatro ó cinco días se agotaron en aquella casa los recursos de que antes podía disponer: empeñáronse ropas y muebles; se acudió á la gene-

rosidad de los amigos y se pidió al Habilitado del ministerio la paga adelantada, aquella casa era una desolación: la esposa, enferma, apenas podía cuidar al pobre marido; los niños estaban abandonados. Y á todo esto los recursos escaseaban y la miseria amenazaba á aquella infeliz familia.

El agente de negocios había vuelto á sus criminales ofrecimientos: decía que la cosa no podía ser más sencilla, pues se reducía á que el mismo Fernández desde su casa informase favorablemente el expediente que los jefes aprobarían desde luego por tratarse de un funcionario cuya reputación era intachable; pero el enfermo volvió á rechazar indignado aquellas cri-

minales ofertas. — Moriré pobre, decía—pero dejaré á mis hijos un nombre honrado.

Y efectivamente, murió: murió por falta de recursos con que atender á su enfermedad; la mujer no tardó mucho en ir á acompañarle á la tumba; y los hijos que todos eran pequeños se encontraron huérfanos, pobres y abandonados.

¿No es esta una sublime heroicidad?

¿No es tan valiente el que resiste las tentaciones de la inmoralidad y muere en la pobreza antes que faltar á su deber, como el soldado que desprecia su propia vida por cumplir la misión que le ha encomendado la Patria?

¡Cuantos héroes ocultos pululan

por las calles sin que nadie les ofrezca la corona que merecen! Pero sí: llevan corona: la corona de espinas que es patrimonio de los mártires.

Cuando algún funcionario público tiene la desgracia de caer, todo el mundo pregona el pecado; los periódicos relatan minuciosamente hasta los últimos detalles del cohecho, y los muchos hipócritas que hay en este mundo murmuran y maldicen públicamente de aquella falta sin perjuicio de pensar que ellos hubieran hecho lo mismo á haberse encontrado en análogas circunstancias. Todos se escandalizan, todos se asustan, como si todos fueran santos impecables.

Y estos que tanto hablan de lo malo, callan lo bueno y no tienen ni una palabra de elogio para los infelices empleados que muertos de hambre saben cumplir extrictamente su deber sin doblarse ante las más halagadoras promesas.

En las oficinas como en todas partes hay buenos y malos; pero indudablemente es mucho menor el número de los malos

El caso de Fernández se repite diariamente sin más premio para los que cumplen con su deber, que la satisfacción de una conciencia honrada y la convicción de que Dios ha de premiar con largueza los actos heroicos de virtud.



## DOS TEMPLOS



Á LA EXCMA. SEÑORA  
MARQUESA DE CASA-LÓPEZ.

Al lado de la octava maravilla del mundo, donde la religión tiene su templo, fundó un esclarecido patricio otro templo que es también maravilla de trabajo y de honradez donde muchísimos hombres cumplen el deber de ganar el pan con el sudor de su rostro.

El fundador de la fábrica de

El Escorial, fué también un modesto hijo del trabajo, que á fuerza de laboriosidad y de virtudes logró crear una fortuna para emplearla luego en beneficio de la industria nacional.

Día por día y año tras año, con la tenacidad de la gota que horada la roca en que cae, se entregó aquella voluntad privilegiada á un trabajo fructífero, sin reparar en dificultades que le salieron al paso y venciendo los mil obstáculos que la envidia amontona en el camino de los que progresan.

La constancia tuvo su premio: antes de morir, pudo aquel hombre insigne gozar el placer de ver su obra terminada y su fábrica

figurar al lado de las primeras de Europa.

Después de una vida por entero consagrada al trabajo y á la virtud, bajó al sepulcro aquel eminente ciudadano herido en las fibras más delicadas de su alma, por la muerte prematura de un hijo, víctima del cumplimiento de su deber.

Los últimos momentos de este hombre ilustre, fueron dedicados á su obra predilecta, recomendando á sus herederos que conservasen como una preciada joya aquel establecimiento industrial y procurasen engrandecerlo para bien de los obreros y de la patria. Y hechas estas recomendaciones, murió confortado con los auxi-

lios de la Religión, el que siempre había sido modelo de cristianos caballeros.

La esposa de este virtuoso industrial y madre del joven que fué mártir de su deber, apenas enjugadas las lágrimas que le produjeron tamañas desgracias, volvió de nuevo al trabajo y á la lucha diaria para conservar y engrandecer aquel templo de la laboriosidad, consagrado con la sangre de su propio corazón.

Y sus desvelos fueron muy fructíferos, pues consiguió levantar la obra á gran altura y captarse la simpatía, el amor y el respeto de sus obreros, que como á madre la adoran y como á señora la veneran.

Con inagotable caridad ha extendido á otras regiones los beneficios que á manos llenas derrama en ésta. Cumpliendo la voluntad de su llorado esposo, ha construído en un apartado pueblo de Galicia otro templo dedicado á la instrucción de la infancia para preparar las futuras generaciones.

En el Escorial, el templo del trabajo; en Sarria, el templo del saber; y sosteniendo los dos, la mano generosa de esta ilustre señora, que es á la vez honra de la Religión, de la industria y de la patria.



# EL MÉDICO



AL DOCTOR

D. FERNANDO CASTELO Y CANALES

Siempre he mirado con suma reverencia á los hombres que consagran su vida á aliviar los dolores de sus semejantes. Nada más grande que despreciar la propia felicidad para hacer feliz al prójimo librándole de los dolores y arrancándole de las garras de la muerte.

Es la medicina una especie de

sacerdocio en cuyo ejercicio los hombres se engrandecen y rodean de una aureola parecida á la de los mártires y los santos.

Digan lo que quieran los positivistas es lo cierto que nunca puede el médico llegar á hacerse insensible con el contacto del dolor, por el contrario, este continuo roce con el sufrimiento, hace más sensible el corazón produciendo en él nuevos dolores.

Aunque profano en la ciencia médica y en todas las ciencias, comprendo la gran importancia de sus estudios; porque con la medicina, el hombre se conoce á sí mismo, conoce, por decirlo así, sus amigos y sus enemigos encubiertos, y halla medios de com-

batir á estos y de favorecer á aquellos, todo en bien de la humanidad.

Es admirable la vida del médico que sabe cumplir con sus deberes. El tiempo no le pertenece porque se debe á los enfermos; no hay para él reposo ni descanso, siempre atento á acudir á donde le llame la necesidad; sobre él pesan tremendas responsabilidades y en su conciencia se agitan siempre graves temores. Es su vida un continuo sacrificio, una batalla incesante con el dolor, en la cual, una vez vencido un enemigo, aparece otro á quien hay también que vencer para volver á empezar con otro apenas conseguida la victoria. Cuando en medio del bullicio

de la población veo cruzar por las calles céntricas y por entre los corros de desocupados al médico, grave, serio, meditabundo y entimismado, llevando sobre su corazón los dolores de los demás y en su alma las dudas y acaso la felicidad de muchas familias, siento una profunda emoción mezclada con veneración y respeto.

Escoger como medio de vida el oficio grato, sereno y pacífico, parece cosa muy natural y fácil, pero pasarse la vida entre enfermos, oyendo continuamente ayes y quejidos, curando heridas hediondas y sufriendo las inconveniencias de los enfermos y los sanos, sin un momento de tregua, y repitiendo un día y otro día la misma labor,

es prueba de un espíritu fuerte y de un temperamento verdaderamente varonil.

Unas veces es el enfermo crónico que atribuye á ignorancia del médico su estado; otras es el niño inconsciente que odia al Doctor que le hace curas dolorosas; otras es el trance amargo de tener que amputar algún miembro importante, ó producir la muerte del hijo para que salve la madre; todos los días la desgracia, las lágrimas, el sufrimiento, la tristeza, como alimento constante de los hombres que á la medicina se consagran.

Y como si todo esto fuera poco, aun queda el sacrificio de la propia vida; porque en época de epi-

demias, cuando todo el mundo huye despavorido de los focos de infección y aun la misma familia se aparta de los enfermos contagiados, el médico, firme como una roca en el cumplimiento de su deber, continúa respirando la atmósfera envenenada y tocando los gérmenes pestíferos y muriendo, si es necesario, á la cabecera de los enfermos. La historia de la medicina registra innumerables casos de estos mártires que han sabido dar su propia sangre por salvar la vida de sus prójimos.

Yerran los que dicen que los médicos son insensibles y como por máquina se acostumbran á visitar dolientes y oír sus quejidos como quien oye llover:

porque decir ésto es como decir que un músico á fuerza de oir preciosas sinfonías llega á quedarse sordo. Sucede todo lo contrario: el espectáculo continuo de la humanidad doliente, depura el sentimiento y despierta en el corazón fibras que los demás mortales parece que tenemos amortiguadas.

¡Loor pues á los médicos! ¡Loor eterno á esos hombres fortísimos que ejercen la sublime misión de llevar la alegría á los hogares entristecidos y devolver el vigor y la salud á los organismos enfermos.



## LA CARIDAD CRISTIANA



A LA EXCMA. SRA. D.<sup>a</sup> M. ELISA TAPIA  
DE BAYO.

Era una crudísima noche de invierno. Una pobre mujer abandonada por su marido que malgastaba en la taberna el tiempo y el dinero, se encontraba sola en su desmantelado hogar, sin lumbré en que calentarse el aterido cuerpo ni pan que llevar á su boca y á las de sus inocentes hijos.

La situación era terrible. El marido había empeñado las ropas y los muebles; el casero amenazaba con el desahucio; en ninguna parte, fiaban ni nadie prestaba un céntimo á aquella infeliz, y ésta que era joven y hermosa, se encontraba al borde del abismo.

¿Qué hacer en aquellos tristes momentos? Los niños pedían pan y ella no tenía que darles: la tentación era grandísima y la pobre mujer no pudiendo resistir á ella, salió á la calle.

Pero apenas había dado unos cuantos pasos, cuando se acordó de una ilustre señora á quien nunca había acudido en vano. Aquella señora era el modelo de las señoras cristianas por lo honrada.

y caritativa. A ella recurrió pues la desventurada mujer y no tuvo que arrepentirse de ello.

La señora derramó á manos llenas sus limosnas en aquellas manos hacendosas; consoló á la pobre mujer; trabajó hasta conseguir la vuelta del marido al buen camino, y de un hogar triste, pobre y desgraciado, hizo bien pronto un alegre nido donde reinaba la mayor felicidad.

Con frecuencia la Sra. visitaba la casa de sus protegidos llevándoles los socorros necesarios para la alimentación del cuerpo y las enseñanzas y consejos convenientes para el alma. Crecieron los niños y merced á la protección de la ilustre dama consiguieron por

medio de una sólida educación hacerse honrados ciudadanos y miembros útiles de la sociedad.

Y todo esto se hizo secretamente, sin que nadie mas que los interesados se enterasen; sin anuncios pomposos ni alardes hipócritas, sinó con sencillez cristiana.

Porque la caridad cristiana es candorosa y no quiere que nadie la vea.



# ÍNDICE



	Páginas
Censura. . . . .	5
Prólogo. . . . .	7
El trabajo. . . . .	15
No me olvides. . . . .	21
Ricos y pobres. . . . .	31
Las huérfanas de Santa Cruz. . . . .	41
Por la Patria. . . . .	53
De viaje. . . . .	59
La gratitud. . . . .	71
Héroes ocultos. . . . .	79
Dos templos. . . . .	88
El médico. . . . .	93
La caridad cristiana. . . . .	100



Ref. CAT 40

€ 30



**LIBRERÍA  
LA  
TRASTIENDA**

C/. Mariano D. Berrueta, 11 - LEÓN

Tfno.: 987 215 285

C/. Ruiz de Salazar, 16 - LEÓN

Tfno.: 987 876 222

[www.lastrastendalibros.com](http://www.lastrastendalibros.com)

[lastrastienda@lastrastienda.info](mailto:lastrastienda@lastrastienda.info)

